José Luis Trullo

EXPIRAR EN LA FRASE MÁS BREVE

Sobre el aforismo y más allá



Apeadero de Aforistas

1ª ed., marzo de 2020

Una publicación de Cypress Cultura
www.cypress.com.es

ISBN: 978-84-123223-0-9
Depósito legal: SE 154-2021

IMPRESO EN POLONIA

ÍNDICE

7 Prólogo, por Javier Recas

13 El aforismo ante el espejo
19 Ética del aforismo
23 Más allá de la brevedad
27 Del cuaderno al aforismo
31 Aforismo y poesía: convergencias resonantes
39 Suelo deslizante: el aforismo, a la deriva
41 Aforismo y pensamiento: una aproximación
45 Dios habla en aforismos
53 En defensa de los libros de aforismos (y de los aforismos en libro)
55 Caosmos: ¿cómo organizar un libro de aforismos?
59 Olas de luz: los aforistas y el viaje
61 El diario en aforismos de Paul Valéry
63 Pessoa: aprender a no ser nadie
67 Carlos Edmundo de Ory: el taquígrafo del éter
71 Elías Canetti: más allá del aforismo

PRÓLOGO

Mucho se habla sobre el vigor del aforismo en la actualidad, y, sin duda, no faltan razones para ello. Se lo debemos al impulso conjunto de numerosos y excelentes autores, editores, y entusiastas lectores, junto a la influencia de otros factores. Todos ellos han dinamizado este género fascinante. La presentación del libro que hoy celebramos no quiero ni puedo deslucirla con consideraciones distintas a las de los méritos del mismo, que son muchos, pero debo decir, porque sería injusto no hacerlo, que el nombre de José Luis Trullo tiene que ser resaltado como una de las personas que más han apoyado esta venturosa situación del aforismo en España. Quienes lo reivindicamos como género con mayúsculas, con entidad filosófico-poética propia, sin complejos, frente a otras formas tradicionalmente más reputadas, conocemos bien su labor. Una labor en todos los frentes, empezando por su propia obra aforística –bajo el pseudónimo de Felix Trull, con títulos como *Metas volantes, Líneas de flotación, La lección de Pulgarcito, Y de pronto, amanece. Apuntes para una despedida*, o con el suyo propio, con *Meandros. En torno a Heráclito*, a cuatro manos con Ander Mayora–; su actividad como analista y crítico del género, del que da cumplido testimonio, sin ir más lejos, este libro; o como promotor de toda suerte de iniciativas encaminadas al conocimiento y desarrollo del aforismo en nuestro país. Entre ellas destaca su extraordinaria labor editorial en favor del género. Convencido de que "el libro es la patria de la literatura", y literario es, sin ambages, el aforismo, busca para él el acomodo que merece a resguardo de las contingencias de eventuales tuits o del desamparo de páginas de internet de dudosa calidad. Toda esta experiencia, todo este bagaje, obviamente, se pone en juego aquí, se revela en cada página.

Seguramente no será posible deslindar todas estas facetas para alguien como José Luis Trullo que vive plenamente el aforismo como una forma de pensamiento, incluso como una filosofía de vida, con

la conciencia radical de la fragmentariedad esencial de nuestra aprehensión del mundo. Trullo descree del pensamiento sistemático, de la racionalidad totalizadora, una idea que a sus ojos no sólo se ha tornado utópica, sino que ya "empieza a resultarnos risible". Ubicados en este estado de des-fascinación, debemos ser honestos, afirma el autor: "No procede continuar con la farsa: no sabemos apenas nada, y lo que logramos concluir, enseguida se diluye otra vez en la corriente de nuevos conocimientos. No hay puerto refugio. Vivimos a la deriva." El aforista actual ha sabido acomodarse a este estado de provisionalidad permanente: si escribe aforismos es porque ha superado las reticencias ante lo efímero, ante lo conciso. Cioran decía: "Sólo cultivan el aforismo quienes han conocido el miedo en medio de las palabras, ese miedo a derrumbarse con todas las palabras." El aforista asume la provisionalidad, si, pero no la ceguera, asume que el conocimiento es fragmentario, pero asegura que puede llegar a ser luminoso, vívidamente luminoso. Hay en el libro numerosas calas en esta perspectiva (*Ética del aforismo, Suelo deslizante: el aforismo a la deriva, Aforismo y pensamiento: una aproximación…*), aunque late en todo él esta filosofía.

Es la suya una filosofía poética sobre lo real (o, si se prefiere, una poesía filosófica), que tan sólo nos permite esporádicos relámpagos de comprensión. El aforista, escribe el autor, se conforma "con captar algunos destellos, atisbos, relámpagos, con los cuales articular algo parecido a un prontuario de emergencia personal".

Así las cosas, el aforismo se mueve como pez en las aguas de la ambigüedad, de la insinuación y la alusión, eso que Trullo denomina en el libro el "núcleo líquido" de la expresión, un excelente aliado, desde luego, para multiplicar la productividad semántica de su humilde arquitectura. Y es precisamente esta característica la que hizo del aforismo también, un magnífico cómplice de la escritura diarística. En uno de los capítulos del presente libro, titulado «Del cuaderno al aforismo», reflexiona el autor sobre la relación entre esta forma de escritura y el aforismo contemporáneo. Su reflexión es especialmente interesante en tanto resalta un elemento que, aunque señalado por la crítica

literaria, no ha sido suficientemente dimensionado en la configuración de la naturaleza del aforismo actual. Confiesa José Luis Trullo su personal simpatía por estas joyas literarias que son los diarios y cuadernos personales (antaño, sin embargo, relegadas a meros instrumentos auxiliares para el conocimiento del autor y su obra) con los que se forjó su inicial apego al género: Canetti, Valéry, Cioran, Pessoa… Sobre algunos de ellos nos ha dejado interesantes reflexiones en los últimos capítulos de este libro.

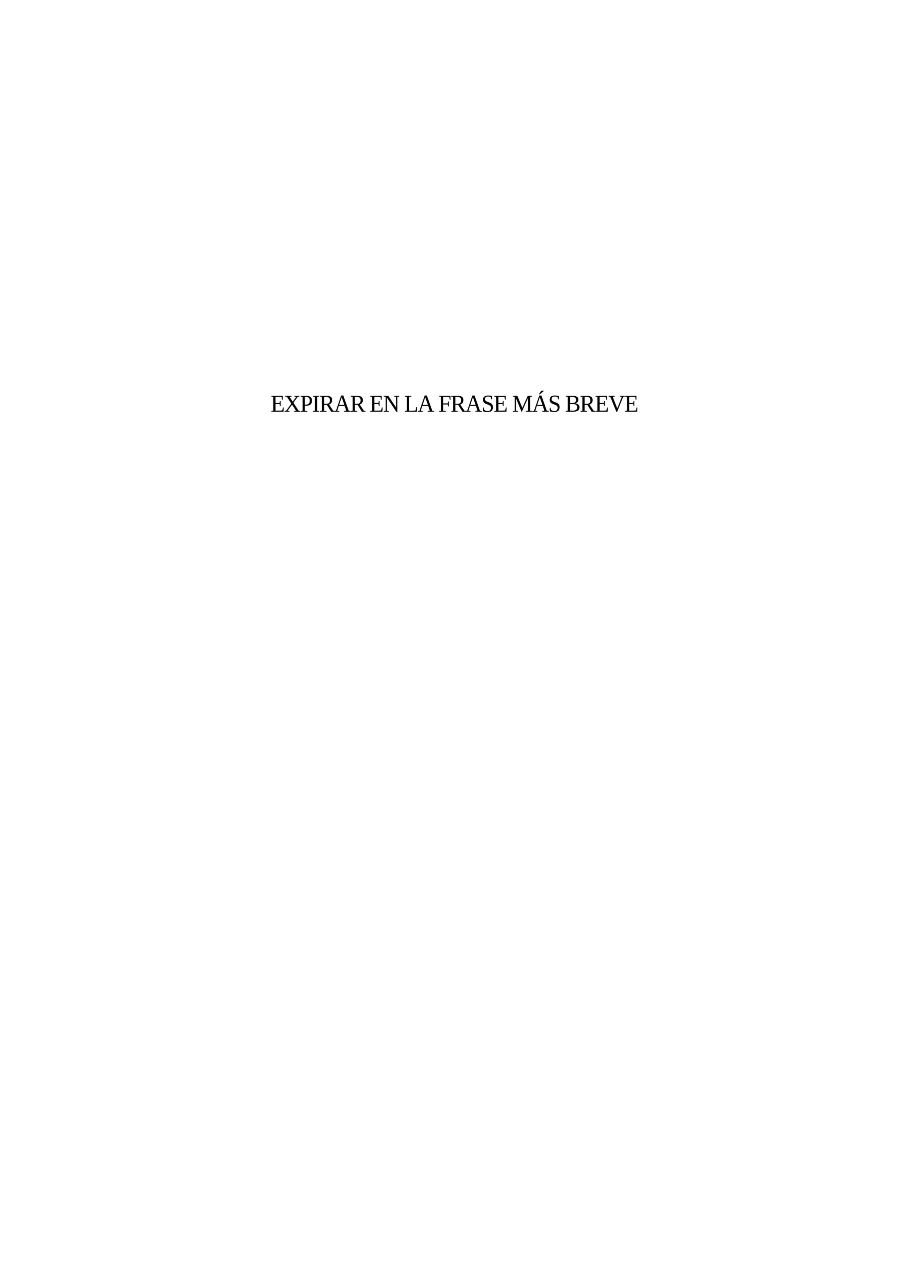
Las páginas que hoy presentamos recorren diversos aspectos fundamentales del aforismo, siempre desde dentro, desde la admiración y la experiencia en la práctica del género, lejos del frío análisis académico y la vocación taxidermista que preside cierta crítica literaria. Más allá de los acostumbradas rutinas definitorias, desde el comienzo, se coloca al aforismo ante el espejo para preguntar por su huidiza naturaleza, tan patente como incómoda. Todas las definiciones, por meticulosas que sean, provocan siempre, confiesa Trullo, un "cierto desánimo", "una sensación de escamotear lo más seductor del aforismo". Parece como si al definirlo lo estuviéramos traicionando y sólo nos quedara confiar en otro aforismo para dar cuenta de su verdadera esencia. Este es el ejercicio mental al que nos invita el autor, para el que no faltan algunos excelentes metaforismos como muestra.

José Luis Trullo echa de menos una mayor atención a la dimensión ética del aforismo, a esos valores que ponen de manifiesto nuestra forma de relacionarnos, algo que ha sido un rasgo fundamental de buena parte de la tradición aforística. Y ello, no por una simple elección temática o literaria frente a otras, sino por algo que anida en la propia esencia del aforismo, o, si se prefiere, en la forma de pensamiento que demanda: "se es aforista –afirma Trullo– como aventura ética", como una forma de estar en el mundo con nuestros semejantes sin prepotencia alguna, invitando a la reflexión que el punto final del aforismo inaugura. El auténtico aforista no pretende imponer una forma correcta de pensar o actuar porque "se sabe (y al fin, se quiere) limitado y dueño, como mucho, de sus propias reservas". Cuando el

aforista pone en juego sus paradojas, su ironía, sus incertidumbres y perplejidades, está movilizando con ello una apuesta actitud ética de modestia, una filosofía de la ligereza.

Hay en las páginas de *Expirar en la frase más breve* una constante reivindicación del aforismo contemporáneo, del género como expresión literaria y filosóficamente madura, alejada ya de los clásicos cánones normativos, didácticos y universalistas que dominaron buena parte de la tradición aforística. Hay una apuesta, en definitiva, por la explotación de las posibilidades semánticas del género, por fortalecer su peculiar apertura de sentido, algo que, a juicio del autor, se halla en el epicentro del aforismo. Porque, más allá de su evidente brevedad (cualidad inexcusable), necesitamos de la apertura semántica para ser reconocido como aforismo. Es ella precisamente uno de sus vínculos más sólidos con la poesía, o, si se quiere ser más preciso, el nexo entre cierta poesía con determinado tipo de aforismo, el que, desde luego, nuestro autor cultiva y defiende. Desde esta vocación filosófico-poética del aforismo, Trullo tiende un puente entre ambas orillas con tres ingredientes fundamentales: la economía expresiva, los valores imaginativos de la palabra y una decidida elusión de los caminos trillados en aras de nuevos cauces expresivos. Nuevos cauces que, como reza el subtítulo del libro (*Sobre el aforismo y más allá*), están también en la naturaleza misma del aforismo actual: abierto a reinventarse a cada paso.

Javier Recas



EXPIRAR EN LA FRASE MÁS BREVE

EL AFORISMO ANTE EL ESPEJO

Escribió F. Nietzsche en *El ocaso de los ídolos* que los aforismos “son las formas de la eternidad”. Asimismo, afirmaba que el aforismo "no está aún descifrado porque se le haya leído; muy lejos de eso, pues la interpretación entonces es cuando comienza". Ambos aspectos, permanencia y ambigüedad, estabilidad y apertura a la indeterminación, me parecen buenos pivotes para emprender la reflexión sobre el género más breve.

Sin embargo, toda acometida teórica sobre el aforismo corre el riesgo de asfixiar lo que éste posee de más genuino, justamente: su lacónica e indómita polisemia. Ciertamente, se han escrito magníficos textos acerca de la naturaleza literaria del aforismo (entre ellos, podemos destacar los de Manuel Neila, Carmen Camacho, Erika Martínez Javier Recas o José Ramón González); sin embargo, al leerlos uno siente siempre cierto desánimo, como si nos escamotearan lo que de más encantador, incluso seductor, tienen los aforismos: ese carácter huidizo, que se resiste a ser encerrado entre los barrotes del análisis. Ya escribió Carmen Canet que "Los buenos aforismos dejan siempre la puerta abierta. Y las ventanas"... un lujo que el teórico nunca se puede acabar de permitir.

Tal vez del aforismo sólo pueda dar cuenta veraz, leal y confiable... otro aforismo. Aunque entre los aforistas españoles vivos abundan los intentos de definición del género –intentos, por supuesto, a su vez polisémicos, traviesos y lúdicos–, no son pocos aquellos autores que se decantan por formulaciones plásticas, poéticas y alegóricas: "El aforismo es el penalti de la literatura" (Karlos Linazasoro), "Un buen aforismo es un preciso torniquete a una hemorragia de tinta" (Sergio García Clemente) o "Un aforismo es la súbita aparición de un pez saltando del agua" (Juan Kruz Igerabide). Y es que el aforismo, como nos advierte este último autor, "siempre cae de canto", ya que por un lado linda con el pensamiento y por el otro, con la imagen poética; así pues, un lenguaje unívoco como el de la taxonomía literaria

debe toparse, necesariamente, con salvedades insolubles a la hora de calificar, clasificar y archivar en una sola categoría una miríada de manifestaciones hormigueantes como la de los aforismos.

Durante mis lecturas he tenido ocasión de espigar un buen muestrario de "metaforismos" (un concepto utilizado por Camacho en su prólogo a *Fuegos de palabras* para referirse a los aforismos sobre el aforismo, esto es: a los aforismos al cuadrado) ya publicados previamente en libro, que tengo el gusto de compartir aquí con los aficionados al género más breve. Es probable que al lector le ocurra lo que al antólogo ya le ha pasado: que, cuantos más metaforismos lee, más necesita leer, pues ninguno de ellos logra acoger en su seno la prolífica fecundidad del género en su total completud. No importa, es una buena señal, esa; no en vano, uno de los más eminentes aforistas españoles actuales, Ramón Eder, ya nos advertía que "Siempre fracasa el que quiere definir el aforismo y ese es el éxito del aforismo" (*Palmeras solitarias*). De hecho, si alguien escribiera un aforismo que acertase a dar cuenta de todos los aforismos que se han compuesto a lo largo de la historia, el género como tal... desaparecería, asfixiado en su propia contradicción.

Cabe preguntarse qué pensaría un aforismo si se mirase en el espejo de lo que sobre él han escrito los pensadores literarios. Seguramente, sentiría estupor, cuando no ganas de salir corriendo. Aunque lo más probable es que, burlón, echaría a volar para posarse de nuevo en el hombro de algún aforista distraído, a quien conminaría a escribir... un nuevo aforismo, esta vez aún más imprevisible, epifánico y sorprendente. Tal vez así, liberado del yugo teorizador, podría recobrar el aire de la ambigüedad que se le habría negado, y que necesita (y necesitamos sus lectores) como el agua y como el pan.

Sólo la juventud es suficientemente osada como para escribir aforismos, sólo la vejez suficientemente sabia. Los aforismos son un género imposible. (E. Martínez)

*

El buen aforismo es el que dice más de lo que parece, no el que parece que dice más de lo que dice. (R. Eder)

*

Un aforismo da sombra de bonsái. (A. Alonso)

*

El aforismo es un viaje de ida para el escritor y de vuelta para el lector. (C. Canet)

*

Un buen aforismo es para pensárselo dos veces. (K. Linazasoro)

*

Aforismos: ilusiones momentáneas. (J. Sánchez Menéndez)

*

El aforismo es el microrrelato de la filosofía. (J. Cotta)

*

Un aforismo abre una puerta y deja cerradas mil. (G. Insausti)

Entre una revelación y una tontería a menudo solo media el canto de un aforismo. (J.L. García Martín)

*

Un aforismo excelente es ése que al leerlo hace que instintivamente cerremos de un golpe el libro. (A. Francos)

*

Un aforismo es la súbita aparición de un pez saltando del agua. (J. Kruz Igerabide)

*

Detrás de cada aforismo, de la coraza de acero que cubre a cada aforismo, se esconde una idea desnuda. (M. Neila)

*

En el aforismo, decir con una palabra menos es decir con una idea más. (C. Marzal)

*

Desconfío de un ensayo en el que ninguna frase merece el rango de aforismo. (J. Wagensberg)

*

Cuando se despertó, el fragmento seguía ahí, negándose todavía a formar parte de algo. (L.A. Guichard)

Cuando el tiempo pasa lento, el aforismo es eternidad. (J. Sánchez Martín)

*

El aforismo es una línea sin punto. (F. Menéndez)

*

Un ensayista es un aforista frustrado. (F. Trull)

*

El aforismo manuscrito todavía se mantiene cerca del pensamiento recién concluido. El aforismo impreso ya va camino del pensamiento sin final. (A. Cabrera)

*

Un aforismo, si es un dardo, tiene que ser un dardo envenenado, aunque el veneno sepa dulce. (K.C. Iribarren)

*

Lo que asevera un aforismo podría ser verdad sólo después de escrito. (A. Neuman)

*

Hace falta más tiempo y esfuerzo para leer una página de aforismos que una de prosa corrida: una pepita de oro pesa más que un saco de espuma. (M. Merino)

El aforismo no es lenguaje limitado sino lenguaje-límite: limita con el silencio del sentido. (A. Ortiz-Osés)

*

Lo mejor de un libro de aforismos es la cantidad de puntos finales que atesora. (E. García-Máiquez)

*

El aforismo no es una estrella fugaz, sino una bombilla siempre encendida. (T.P. Vallecillos)

ÉTICA DEL AFORISMO

En las distintas disecciones que ha sufrido el género aforístico en los últimos tiempos, son preferentes aquellas que lo abordan desde una perspectiva filológica, tratando de precisar sus contornos formales (más allá de los cuales cambiaría de nombre), o bien filosófica, atendiendo a sus principios epistemológicos, de captura necesariamente fugaz de una realidad siempre cambiante. Personalmente, echo de menos prestar mayor atención a una dimensión que escapa tanto a uno como a otro abordaje teórico, y es el que atañe a la ética del aforismo. Porque, sí, estimo que la práctica asidua, preferente, cuando no exclusiva del género aforístico, ya como autores ya como lectores, obedece a una vocación ética personal, a una elección que nos pone en juego como individuos en sociedad y que da cuenta de nuestra forma de relacionarnos con nuestros semejantes.

De hecho, que la escritura aforística posee una resonancia ética salta enseguida a la vista. La propia tradición que la sustenta bebe directamente en las fuentes de los siempre precarios valores humanos: los primeros "aforistas" fueron los anónimos autores de proverbios y refranes, esas frases lapidarias que tratan de orientar la acción individual en un contexto comunitario. Ya en la fase estrictamente literaria del género, los moralistas franceses más preclaros (desde La Rochefoucauld hasta Joubert, pasando por La Bruyère, Chamfort o Vauvenargues) tenían como horizonte de máxima atención la conducta personal en permanente diálogo, cuando no conflicto, con las circunstancias de cada cual.

Ahora bien, el hecho de que, a partir del romanticismo –y tal como han señalado, entre otros estudiosos, Manuel Neila en *La levedad y la gracia* y Javier Recas, en *Una aguda y grácil miniatura*– el aforismo se haya deslizado paulatinamente hacia tierras desconocidas, optando antes por la exploración estética y la indagación filosófica que por la crítica de las costumbres, no obsta para que la praxis aforística

haya conservado, en todo momento, un anclaje ético indudable. Trataré de explicarme.

Como han señalado de manera repetida los críticos de la Modernidad, uno de los atributos preeminentes de esta fase histórica que se extiende prácticamente hasta nuestros días, sería la imposición de grandes relatos comprehensivos (el progreso, la cultura, las luces, la civilización), herederos de los paradigmas teológicos que vendría a desplazar. Esta voluntad de amparar la infinita multiplicidad de lo real bajo la horma asfixiante de una instancia única, aparte de sus patentes ambiciones epistemológicas y también sociales, destila una indudable resonancia ética, consistente en valores de dominio y de poder que resulta difícil soslayar. De hecho, se considera –y no sin importantes razones– que los grandes pogromos del siglo XX, perpetrados por fascismos y comunismos de todo pelaje, habrían supuesto la materialización lógica de este proyecto subyacente de la Modernidad: el de subsumir las diferencias en un modelo exclusivo y excluyente de gestión tanto política como moral. Esta sería, al menos, la convincente tesis de Adorno y Horkheimer en su obra clásica, *Dialéctica de la Ilustración*, que aspira a refutar –otra cosa es que lo consiga, o que los medios que utilice sean los más adecuados– la hegeliana tiranía de la razón ilustrada, calculadora y homogeneizadora, la cual habría generado las peores pesadillas que el ser humano pueda llegar a soñar.

Así las cosas, y prosiguiendo por esta senda argumental algo esquemática pero de lindes precisas, lo específicamente contemporáneo sería el decir fragmentario. El hecho de apostar un autor por las frases aisladas, humildes, ambiguas y de una calculada ironía, lejos de reducirse a un mero rasgo literario u opción estilítica sin mayores implicaciones, obedecería a una verdadera apuesta ética; y utilizo la palabra "ética" en lo que tiene de vivencia integral, atenta por igual a lo personal y a lo social, a lo epistemológico y a lo ontológico, al pensamiento y a la acción.

El aforista no se expresa de manera breve sólo por capricho o por delicadeza: es que de este modo plasma en obra un modo de estar

en el mundo caracterizado por las dudas, las vacilaciones, las incertidumbres y las perplejidades frente a las cegadoras "luces" que todo dicen alumbrar pero que dejan los campos sembrados de cadáveres. No se es aforista sólo para tratar de imponer una forma de pensar más "correcta", frente a las erradas de antaño: nada más alejado de un aforismo que una consigna ideológica o un eslogan que se pueda pintarrajear sobre una pancarta. No: se es aforista como aventura ética, como elección soberana de un individuo que se sabe (y al fin, se quiere) limitado y dueño, como mucho, de sus propias reservas. Por ello, y con toda la humildad, me permito proponer al aforista –junto, tal vez, al poeta y al micronarrador– como el escritor contemporáneo por antonomasia, y de hecho, como el ciudadano ideal para este siglo XXI a cuyos primeros pasos estamos asistiendo. Nunca un aforista impondrá una dictadura opresiva, ni lanzará a unos ciudadanos contra otros, ni se erigirá en poseedor de una verdad absoluta, ni que sea efímera o caduca. Me atrevo incluso a ir un paso más allá que el que dio Platón al imaginar su república ideal: en la mía, el papel de soberano estaría vacante, porque todos los seres humanos vivirían impregnados de una ética aforística, autolimitada y contenida, de manera que se conducirían por sí mismos evitando la inútil confrontación y la contienda sangrienta. ¿Es mucho imaginar? Tal vez sí... pero por insinuarlo, que no quede.

MÁS ALLÁ DE LA BREVEDAD

El aforismo es el género más breve, de eso no cabe ninguna duda. Sin embargo, cuanto más vueltas le doy a esta evidencia material, más tiendo a revisar las bases sobre las que se funda. Aunque resulta irrebatible que el aforismo logra plasmar una idea de forma sumamente eficiente, empleando el menor número de recursos, no me parece que sea esa la condición suficiente para tildar de aforística una frase cualquiera. Es una idea que, en los tiempos recientes, viene repitiéndose con cierta asiduidad, pero creo que no está de más reiterarla de nuevo: el aforismo es breve, sí, pero no es la brevedad lo que convierte un texto –ni siquiera, uno certero o sorprendente, o certero y sorprende al mismo tiempo– en un aforismo.

Hay un requisito si cabe aún más esencial, para que a día de hoy un aforismo pueda ser reconocido como tal: la apertura semántica, en sus múltiples facetas (la polisemia, la anfibología, la ambigüedad y sus plurales etcéteras). Así, mientras el aforismo clásico, de estirpe moralista, se deleitaba en las formas contundentes y cerradas, casi pétreas, en el siglo XXI se ha producido una metamorfosis indiscutible en el género que lo ha deslizado hacia la elipsis y la elusión de un significado concluyente y definitivo. La concentración formal, en este orden de cosas, sólo sería un requisito para lograr dicho objetivo (y no un fin en sí mismo), de manera que, cuantos menos elementos concurran en la formulación explícita de una idea, más numerosos serán los sentidos implícitos en la misma. Voy a poner algunos ejemplos de un autor muy próximo a mí, Felix Trull, que sólo de una manera ocasional escribe este tipo de aforismos rabiosamente contemporáneos, aunque sé de muy buena tinta que le gustaría escribir más:

Mi heterónimo eres tú.

*

Soy la punta de tu iceberg.

*

El juego es un proceso sin sujeto.

*

Realidad: esa evasión.

*

Conocerme es confundirme.

*

Juega conmigo, no conmigo.

Aunque, como es natural, toda lectura opta por atribuir un significado, al menos en un primer momento, a cualquier texto, y sólo después a descubrirle nuevas capas de sentido, sólo ciertos aforismos apuestan decididamente por explotar dicha multiplicidad desde el principio, resistiéndose si es preciso a una inicial intelección que pudiera frustrar la detección de niveles subsiguientes (o más bien cabría aquí hablar de simultáneos). Dado que, continuando con Felix Trull, "Si no es lo bastante ambiguo, no es lo bastante real", el aforismo actual encuentra especial delectación en explorar ese haz de posibilidades semánticas que se anudan, de manera conflictiva, en una única frase condensada. Otro

buen ejemplo sería este aforismo, también de Trull: "Lo que la piedra te da, el aire lo pulveriza". ¿Qué significa exactamente este aforismo? ¡Tantas cosas! Incluso resulta arduo quedarse a una carta.

Si, como advierte Ramón Eder, "El buen aforismo empieza cuando acaba", o según nos recuerda Carmen Canet, "El aforismo es un pasillo estrecho que nuestra mente ensancha", hay que presumir que la brevedad no es más que un recurso –estrictamente necesario, eso está claro, pero no suficiente– para que la polisemia pueda manifestarse en su plenitud. Cuanto más prolijo y explícito sea un texto, menor será el espacio que encontrará la escritura para acceder a ese carácter flotante que le exige nuestra época a la verdad, ya nunca más sólida y pétrea, sino recatada y porosa. A los delicados oídos del lector posmoderno (harto de proclamas y soflamas), un aforismo clásico puede, en ocasiones, resultarle pretencioso e incluso ridículo en sus ambiciones de universalidad. Puede también que, por ello, el aforismo del futuro deba explorar, con mayor ahínco si cabe, la veta de la concentración extrema para lograr, así, huir del eslogan y la consigna, tal vez dos de los mayores peligros que le amenazan, junto con el de la estéril banalidad.

En síntesis, y retomando la tesis central de este breve artículo: la brevedad es, sí, una condición formal del aforismo, pero ni mucho menos su raíz suficiente. Para trascender y hacernos trascender debe, además, acoger en su seno esa divina ambigüedad –que, ya, reconocemos consustancial al mundo– sin la cual corre el riesgo de echarse a perder, hermanado con tuits, grafitis y titulares de periódico.

DEL CUADERNO AL AFORISMO

Uno de los aspectos más llamativos de la historia del género aforístico es la constatación de que su desarrollo no se ciñe en exclusiva a la tradición literaria de la brevedad como tal (la cual ha sido repetidamente convocada, desde la Antigüedad hasta los tiempos modernos), sino que fue forjándose al calor de una forma distinta: la de la escritura diarística, en forma muchas veces de "cuaderno de trabajo" o de apuntes. Si bien es cierto que la crítica ha destacado la importancia de este tipo de diario en la cristalización del aforismo, creo que no se ha enfatizado como merece la función paternal que ha cumplido en su maduración en cuanto entidad literaria autónoma y suficiente.

Es de sobras conocida la relevancia del aforismo –en forma, si se quiere, de anotaciones o bosquejos– en los cuadernos de no pocos escritores: desde los pensamientos de Blaise Pascal hasta los diarios de Albert Camus, de Carlos Edmundo de Ory o de Peter Handke, pasando por los de Georg Christoph Lichtenberg, Joseph Joubert o Paul Valéry, cada uno en su época y marcado por la respectiva impronta de su autor, el cuaderno se ha ido mostrando como un escenario propicio para la frase aislada, más o menos evocativa, en la cual el autor puede plasmar un pensamiento huidizo que, por una u otra razón, no va a desarrollar. Aunque no toda frase es necesariamente un aforismo, sí que se detecta en los diarios de numerosos escritores una propensión inveterada a la expresión lacónica, rotunda y definida de una idea completa, aunque sea en estado embrionario... lo cual la convierte en plenamente aforística.

Personalmente he de admitir que llegué al aforismo de la mano de mi gusto por la lectura de los diarios de autores a los que, sin embargo, no frecuentaba en su literatura más popular: pienso en los maravillosos apuntes de Canetti, o en los heterogéneos libros del último Cioran, o en el apócrifo diario que Fernando Pessoa atribuyó a un tal Bernardo Soares... (También me complacía detectar y aun transcribir frases aforísticas en poemas, ensayos y novelas, pero eso ya es

harina de otro costal). Lo que ahora me interesa es poner de relieve la importancia, insoslayable en mi opinión, del cuaderno en la gestación del aforismo moderno, alejado de las pretensiones moralizantes o sapienciales de la tradición clásica de la brevedad. De hecho, creo que si el aforismo goza en la actualidad de cierto auge es porque trasciende dichas pretensiones originalmente asociadas a la misma, para invadir de lleno el fértil ámbito de la expresión lírica y la meditación filosófica.

En este sentido, me gustaría incidir en el aspecto al cual he aludido repetidamente en otros textos al respecto, y que hacen del aforismo uno de los géneros propicios para la escritura más intrépida: me refiero a la ambigüedad que preside la mejor escritura aforística. Así, mientras que el ensayo y la novela deben mantener la polisemia a raya, so pena de despeñarse por el precipicio de la inanidad, el género más breve, en sus manifestaciones más recientes, hace de la insinuación y la alusión esquiva una de sus señas de identidad. (Ni que decir tiene que es un aspecto que comparte con cierta poesía). En el aforismo moderno importa tanto la cristalización formal de un concepto como que dicho concepto conserve, encapsulado, cierto núcleo líquido que escape a la concreción excesiva. Es por ello que resulta relativamente fácil discernir, de entre los muchos que se escriben y publican en la actualidad, los buenos aforismos de aquellos otros que se limitan a remedar los formulismos mil veces utilizados con más o menos éxito hasta ahora: si en este último caso todo nos llega claro y diáfano, y podemos pronunciarnos a favor o en contra de lo propuesto sin demasiados remilgos, en el caso de los verdaderos aforismos subsiste una incomodidad de fondo, como si el suelo nos fallase bajo los pies.

Creo que es justo por este carácter lábil y huidizo del aforismo más depurado por lo que tuvo que nacer en un espacio propicio para la investigación más extrema, como es el caso del cuaderno. Dentro de los moldes genéricos "mayores", el autor se siente compelido a adoptar ciertos protocolos, o en su defecto a esmerarse en romperlos según una nueva propuesta pacientemente elaborada. Para que pudiera nacer el aforismo moderno, al menos tal cual lo entiendo yo, hubo de

germinar en el jardín de la escritura diarística, que avanza a tientas, sin pauta previa, atenta a las vibraciones del menor hallazgo, sin atender al rédito literario inmediato. Por todo ello, es por lo que me permito afirmar que, más allá de las filiaciones históricas que tradicionalmente se le suelen atribuir, hay que ubicar el diario como patria natal del aforismo moderno, y seguramente también el espacio en el que, ahora mismo, decenas de aforistas están inspeccionando los nuevos territorios que colonizará el aforismo futuro.

AFORISMO Y POESÍA: CONVERGENCIAS RESONANTES

En los últimos años el aforismo y la poesía han tendido muchos puentes. No pocos poetas se han adentrado en el género más breve, incorporándolo como un registro más de su quehacer literario. Citaré, por ceñirme a los autores que residen en Sevilla, a Antonio Rivero Taravillo (*Vilanos por el aire*, *Especulaciones ciegas, Vida en común*, *La orfandad de Orfeo*), Javier Salvago (*Hablando solo por la calle*), Javier Sánchez Menéndez (*Artilugios, Concepto, Ética para mediocres*), Jesús Cotta (*Cometario, Motas de polen*), Victoria León (*Insomnios*), Enrique Baltanás (*Minoría absoluta*), Florencio Luque (*El gato y la madeja*), Tirso Priscilo Vallecillos (*Homo Pokémons*), a los que se les pueden sumar los andaluces José Mateos, Miguel Ángel Arcas, Javier Bozalongo, Carmen Camacho y un largo etcétera.

La propia Carmen de Camacho publicó en 2018 el libro *Fuegos de palabras*, con el subtítulo de *El aforismo poético español de los siglos XX y XXI*, en el cual, aparte de reunir numerosos textos de creación, insertaba un estudio preliminar, muy documentado y rico en propuestas, que se ha convertido desde su aparición en una referencia absoluta en el tema. Yo mismo tuve la fortuna de editar, en Libros al Albur, el volumen de entrevistas *Una idea con su vuelo. Los poetas y el aforismo*, en el cual quince autores reflexionaban sobre su acercamiento al aforismo, entre los que me gustaría destacar a Carlos Marzal, Jesús Montiel, Manuel Neila o Erika Martínez. En la reciente Semana del Aforismo de Sevilla participaron varios de los autores a los que he hecho referencia (Mateos, Rivero Taravillo, Salvago, Neila, Martínez), destacándose en el curso de las sesiones de debate las múltiples vías de intercomunicación que existen entre ambos géneros. También es destacable que en la revista Estación Poesía, dirigida por Rivero Taravillo y publicada por el CICUS de la Universidad de Sevilla, se incluyen desde hace unos números una selección de aforismos de un autor determinado como una sección estable. Por último, se han publicado ediciones de aforismos extraídos de los poemas de Luis Rosales y Luis

García Montero, a cargo respectivamente de Enrique García-Máiquez y Carmen Canet, donde se ponía de manifiesto la –seguramente, involuntaria– vocación aforística de muchos poetas.

No creo que se trate de una moda pasajera. De hecho, y según demuestra sobradamente Carmen Camacho en su libro, el idilio entre ambas géneros se remonta varias décadas atrás, al menos, hasta el *Juan de Mairena*, de Antonio Machado. Muy destacables son los aforismos de Juan Ramón, que han conocido varias ediciones recientes; los cohetes de José Bergamín; los aerolitos de Carlos Edmundo de Ory; los sofismas de Vicente Núñez, o los aforismos de Ángel Crespo, José Ángel Valente y Rafael Pérez Estrada, cada uno con su perfil propio, más cercano o lejano a la ortodoxia aforística (si es que se puede hablar de ella en un género tan escurridizo).

De todos modos, hay que diferenciar desde el principio a los poetas que escriben aforismos, pero no aforismos poéticos necesariamente, o no siempre (caso de Rivero Taravillo, Salvago, Marzal, Neila, Aitor Francos, Ander Mayora, Gabriel Insausti o Benjamín Prado), de aquellos que se decantan preferentemente por el tono lírico, caso de José Ángel Cilleruelo, José Luis Morante, Antonio Cabrera, Juan Manuel Uría, Lorenzo Oliván o Raquel Vázquez. Si en el primer caso abundan las reflexiones en prosa, con un ánimo crítico de debate más o menos conceptual, en el segundo se prefiere ahondar en la contemplación desde una receptividad íntima que se plasma en imágenes y metáforas plásticas. Son dos modos de abordar la escritura aforística radicalmente distintos: mientras que el aforista crítico se vuelca en la sociedad buscando, de un modo u otro, polemizar con ella aportando su perspectiva personal, el poético se retira (¡o se abre!) a una experiencia solitaria de su entorno vital, muchas veces en diálogo con la naturaleza. En este sentido, destacan los aforismos de Cilleruelo o de Morante, cuya atmósfera de lúcida ensoñación comparte el temple lírico que solemos encontrar, también, en sus poemas. Asimismo hay autores que combinan en sus libros aforismos de ambos tipos, como José Ma-

teos, Ana Pérez Cañamares o León Molina, eso sí, rehuyendo en estos casos el registro más ácido y sarcástico.

Lo cierto es que entre cierta poesía y cierto tipo de aforismo (no diré en todas, ni en todos) existe una vocación común que los autores que practican el apunte lírico no dejan de indagar, con resultados muy afortunados, casi siempre. ¿Cuál es esta vocación? Destacaría algunos aspectos que la caracterizan:

a) una decidida economía del lenguaje, que trata de suscitar un máximo denotativo con un mínimo connotativo: el laconismo se pondría así al servicio de la "resonancia" de la que ha hablado José Mateos como distintiva del aforismo poético, y que no pocos estudiosos aproximan a la estética del haiku;

b) una apuesta por los valores imaginativos de la palabra, prefiriendo la sugerencia, la insinuación y la apertura simbólica a la clausura asociada al concepto;

c) una voluntad por eludir los caminos trillados en aras de la investigación formal, en lo cual también se alejaría de los moldes de la sentencia y la máxima, más propensas al seco formulismo y los cauces tradicionales de la expresión apodíctica.

Son sólo tres aspectos en los que me parece que inciden, de forma recurrente, los poetas cuando escriben aforismos líricos. Sus libros, en consecuencia, se asemejan más a cuadernos de bitácora en los cuales uno puede sumergirse como en una laguna apacible, para navegarlos de la mano del autor, a diferencia de los volúmenes de aforismos de dicción clásica, en los que has de adentrarte pertrechado con un escudo y una espada bien afilada (incluso, a veces, con una armadura), tal es la beligerancia con que han sido escritos.

Me gustaría, a este respecto, apelar a dos conceptos de la psicología jungiana, que vienen a cuento de esta clara bifurcación del afo-

rismo contemporáneo: por un lado, el apunte lírico apelaría a nuestra "ánima", ese lado acuático y nocturno, asociado a la afectividad, a la receptividad y a la ensoñación; por el otro, la máxima y la sentencia se decantarían por el "ánimus", terrestre y diurno, dialéctico, activo y lúcido (quizás hasta la arcada). Aunque ambas faces se complementan, como el yin y el yang, y deben coexistir en nuestra personalidad para mantener el equilibrio anímico necesario para sobrevivir, no deja de ser cierto que cada cual propende, por naturaleza, hacia uno de ambos registros, en los cuales halla lo que busca: motivos para ahondar y levitar, o razones para debatir y sacar conclusiones.

Que el aforismo poético potencie las virtualidades imaginativas del lenguaje no implica que carezca de contenido conceptual, sino que apuesta por un abordaje del mismo desde una lateralidad que rehúsa la "claridad y distinción" cartesianas para indagar en las potencialidades semánticas de la intuición. No en vano habla Camacho en su libro de la "nóesis" como pariente próxima de la "póiesis", por cuanto el acceso al sentido se realizaría por la senda inmediata de la imagen, en lugar de por la autopista del argumento discursivo. Pero, incluso en ello, se diferencia el aforismo poético del prosaico (por así llamarlo) en su negativa a proporcionar certezas inconmovibles, lapidarias, prefiriendo la enunciación a media voz, mediante elipsis, circunloquios y elusiones. José Mateos ha hablado, en este sentido, de "aforismos de partida", poéticos, frente a los "aforismos de llegada", prosaicos. Yo preferiría utilizar otra nomenclatura, complementaria en verdad de la suya, y diferenciar entre aforismos *de despegue* y aforismos *de aterrizaje*: unos te invitan baudelairianamente al viaje y los otros te encierran en la mazmorra del castillo.

Trazada esta breve cartografía de los modos y maneras del aforismo lírico en la actualidad, me voy a detener en algunos de los poetas que con mayor fortuna, en mi opinión, se han adentrado en el ámbito aforístico, en muchos sentidos para renovarlo desde dentro. Con ustedes: José Mateos, José Ángel Cilleruelo, Juan Manuel Uría, Erika Martínez y Antonio Cabrera.

- José Mateos, *Silencios escogidos* (Comares)

Para crecer más en lo profundo siembro lo breve.

*

Si realmente yo fuera yo, ¿quién sería?

*

El miedo acaba encontrando su paraíso en el vientre de la ballena.

*

La línea que me separa (¿de qué?) es la línea que me une (¿a qué?).

*

Cuando perdí mi nombre fui como los árboles, que arraigan en su sombra.

- José Ángel Cilleruelo, *Lunáticos* (La Isla de Siltolá)

Pez que remonta la corriente y salta sobre las crestas de espuma y aletea en el aire y se oculta en las profundidades del cauce.

*

Solo los ojos, hoja a hoja, le devuelven a cada página la blancura de página a la que aspira.

Una palabra, y ya resuena el oleaje alrededor.

*

Los girasoles memorizan en su interior poemas de una palabra con una fonética crujiente.

*

Algunas palabras tiemblan si los dedos al continuar escribiendo las acarician sin pretenderlo. La voz, entonces, se les rompe un poco.

- Juan Manuel Uría: *La ciencia de lo inútil* (Trea)

¿Un pensamiento definitivo? Dejarlo atrás y comenzar a pensar de nuevo.

*

Y que la ola no rompa en balde sobre la orilla, sin haberse sentido, por lo menos un instante, entero mar.

*

Luz rara y siempre renacida la del poema oscuro.

*

El poema es la palabra pensándose.

La poesía curva el lenguaje como se curva la mirada (en la luz) para perfilar lo que se mira.

*

La poesía es la razón que canta.

- Erika Martínez, *Lenguaraz* (Pre-Textos)

La grieta urgente del cascarón quita el sueño a los que van a morir.

*

Perdonar como quien repuebla un bosque.

*

Los hijos caminan hacia nosotros alejándose.

*

Todo el mundo cae. Sólo en algunos permanece la altura.

*

El arte se desvía para alcanzar el centro.

Antonio Cabrera, *Gracias, distancia* (Cuadernos del Vigía)

Los ojos buscan en el gris como en ningún otro color.

*

Quien ama las letras admira el rastro de lo dicho.

*

Ningún poema se comprende por haber sido comprendido.

*

Toda ausencia tiene lugar.

*

El artista se hace experto en apnea.

*

Todo lo que se dice sobre el mundo, el mundo lo disipa.

*

Camino, luego abandono

SUELO DESLIZANTE: EL AFORISMO, A LA DERIVA

Es recurrente aludir a la tradición aforística como pródiga en sentencias lapidarias que brindan un amarre ante la incertidumbre de la vida humana. A despecho de que, en sus presocráticos orígenes, el aforismo aún no presumía de certezas, sino que coqueteaba sin ambages con la divina ambigüedad del sentido, resulta incuestionable que, tanto en sus formas como en sus fondos, los aforismos siempre han ostentado cierta rotundidad pétrea, muy adecuada para consolar ante el infortunio u orientar al descarriado que busca que le digan qué tiene que dar por bueno en cada momento.

Todo esto ha sufrido una mutación ontogenética en los últimos tiempos. A rebufo de la posmoderna impugnación de los "grandes relatos" y la necesaria puesta en cuarentena de cualquier pretensión de imponer una sola verdad unívoca (tan artificial como violenta), el aforismo se ha revelado como una sede propicia para un nuevo contrato entre el lenguaje y la realidad. Ya no más afirmaciones bombásticas, preñadas de soberbia y entonadas desde un pedestal, un púlpito o una cátedra: ahora, el aforista propende a la contención verbal, a la modestia enunciativa, a la sordina conceptual. Desde su rincón privilegiado, exiliado en cierta tierra de nadie genérica (todavía en las bibliotecas se encuentran libros de aforismos en las secciones de narrativa, de poesía, de pensamiento), el aforista musita sus frases de un modo, sí, irónico, pero también elusivo. No procede continuar con la farsa: no sabemos apenas nada, y lo que logramos concluir, enseguida se diluye otra vez en la corriente de nuevos conocimientos. No hay puerto refugio. Vivimos a la deriva.

El nuestro es un estado de provisionalidad permanente, parece insinuarnos el aforista. Seguramente siempre fue así, pero en otros tiempos uno simulaba cierta firmeza en el decir que encubría una vacilación íntima. Ahora, ya no. La comedia ha terminado. Somos débiles, erróneos, vulnerables, falibles, transitorios. Nada ni nadie puede brin-

darnos un asidero cierto; y, menos aún, una entidad tan famélica como una frase. Por ello, el aforismo contemporáneo ya no puede refocilarse en la dicción antigua, tan campanuda: como mucho, debe conformarse con un dulce tintineo en medio de la noche. ¿Magro consuelo? En cualquier caso, austero y honesto. No ha lugar, más, a dictados que sólo se convalidan a sí mismos. Ha llovido demasiado como para seguir haciéndonos trampas al solitario. El aforista sabe que no existen suelos firmes por los que transitar: todos pueden ceder en cualquier momento. Por eso pisa con sumo cuidado, midiendo cada palabra, no vaya a ser que un súbito desliz dé con sus huesos en el suelo.

AFORISMO Y PENSAMIENTO: UNA APROXIMACIÓN

"No se piensa más que en aforismos", escribió Miguel de Unamuno, en un arranque de imprudente generosidad. También Manuel Neila destacaba esa fertilidad aforística del pensamiento, o quizás sea el aforismo el que rebosa de ideas fecundas, tras su esquelética apariencia. No puede negarse que la filosofía es pródiga en sentencias recias, fáciles de recordar y a las que recurrimos cuando falla el suelo bajo nuestros pies: "Sólo sé que no sé nada"… "Pienso, luego existo"… "Dios ha muerto, nosotros lo hemos matado"… No faltará quien aduzca que no se trata exactamente de aforismos, pues sólo alcanzamos a comprender el sentido de dichas frases en un contexto interpretativo que las ilumina, con lo cual carecerían de la necesaria autonomía, inherente al género aforístico. Aun así, vale la pena retener esta función auxiliadora del aforismo para con el discurrir filosófico, si queremos avanzar en el tema que nos ocupa.

Porque, veamos: ¿qué significa pensar? Ciertamente, un ponerse en marcha, un "discurrir" más o menos a tientas, tratando de disipar las dudas que nos atemorizan dando palos de ciego hasta que logramos, aunque no siempre, configurar un espacio de claridad y distinción, dotado de perfiles precisos y propicio para ser utilizado, a posteriori, como campamento base desde el cual asaltar las más altas cimas de la incertidumbre. Así fue, al menos, durante la Modernidad filosófica, cuando René Descartes alumbró un concepto del pensamiento en el cual el sujeto (o *res cogitans*) se encara con un objeto (o *res extensa*) al cual aspiraba a domeñar, para a continuación utilizarlo para sus propios fines de poder y dominación.

Todo esto ha cambiado desde que la Modernidad adusta, apolínea y autocomplacida ha descubierto –de la mano de los filósofos de la sospecha– sus propias limitaciones, cuando no la carcoma que le devora las extremidades, por ahora, inferiores. Ya no nos es posible, en cuanto pensadores, aceptar la aspiración enciclopédica de abarcar con

el pensamiento la totalidad de lo existente: como mucho, nos conformamos con captar algunos destellos, atisbos, relámpagos, con los cuales articular algo parecido a un prontuario de emergencia personal. La mera idea de que nuestra razón pueda captar algo más que su vano reflejo en el éter empieza, incluso, a resultarnos risible. No podemos ocultar que los descubrimientos de la física teórica, con sus sabias advertencias acerca del carácter más o menos "relativo" de nuestras percepciones, han dinamitado el sólido edificio ilustrado. Pero creo que se trata de una experiencia más personal que meramente intelectual: sabemos que pisamos un suelo movedizo, que a duras penas puede soportar el peso de nuestro cuerpo, ¡menos aún el de nuestras quimeras! El aforismo, en este contexto, se brinda como amigable compañero de fatigas, casi como atento lazarillo para seguir caminando sin arrojarnos en brazos de la desesperación.

El aforismo, que antaño sintetizaba las grandes verdades en un formato lapidario y contundente, se aviene en el siglo XXI a entremezclarse con la nota lírica, con la divagación, con el apunte irónico. Ya no admite el tono campanudo de otras épocas más soberbias (o más ingenuas). Quisimos ser como dioses, y nos hemos descubierto aprendices de bufón. A duras penas podemos tomarnos a nosotros mismos en serio. Ahora, pensar se limita a registrar nuestra propia impotencia, bajo el aspecto de verdades raudas, provisionales. ¿Fracaso? Yo no diría tanto. En verdad, ha sido nuestra propia naturaleza inquisidora la que nos ha mostrado la auténtica faz de nuestros anhelos: al final del camino volvemos a estar como al principio, vulnerables y temblorosos, sosteniendo una cerilla en medio de la noche, palpando sombras. Sólo sabemos que nunca sabremos.

El aforismo, pues, sería la forma eminente que adoptaría el pensamiento en su estado final, cuando ya no es posible seguir creyendo en la omnipotencia de la razón humana. Más que una derrota, constataría una victoria, paradójica eso sí: la del pensamiento honesto sobre sus propias ilusiones plenipotenciarias. En este sentido, el aforismo lindaría con el silencio, al cual estaría tentado de abandonarse en cual-

quier momento. Sin embargo, y a pesar de que conocemos que no es posible desvelar la entraña última de lo real, no somos capaces de dejar de pensar escribiendo, y de escribir pensando. El aforismo sería esa lucecita diminuta que, en la inmensidad callada, parece musitarnos, mientras parpadea: "no te detengas: sigue adelante…". Y en ello estamos.

DIOS HABLA EN AFORISMOS

En un aforismo estupendo, Juan Ramón dio con la clave. Él escribió: "Lo entrevisto dura más que lo visto". Eso era. Ahí estaba. La evidencia, en su afán de mostrar, aplasta la latencia, con su recato por guardar. En el doble juego del don y la reserva, habita la visión, en cuanto percepción de lo que, llegando, no se entrega del todo. Esa contención. Esa gracia parcial, aunque perpetua. Ahí estaba todo, claro que en clave. Había que descifrarlo. A ello me pongo.

El decir de Dios, a Dios, hacia Dios, siempre ha planteado un serio dilema al autor literario. ¿Cómo vehicular, mediante un lenguaje estrictamente humano, y como tal limitado y limitante, aquello que, por esencia, es ilimitado, excesivo, pródigamente exhuberante? La solución de compromiso siempre acaba sacrificando algo, en el canje: o bien decimos demasiado, traicionando la naturaleza de la experiencia religiosa, o bien pecamos de pacatos, y no se nos entiende. Y la literatura es un instrumento de comunicación, con lo divino que todo lo atiende, por supuesto, pero también con nuestros hermanos, puramente lectores, que a duras penas se esfuerzan por comprendernos.

La primera opción, históricamente documentada, fue el himno, el versículo, el salmo: cantando ajustándonos a un ritmo, a una "salmodia", trascendíamos el habla común para abrirla a la fuente del sentido que la fecunda, aunque lo ignore. Aquella fue una apuesta valiente, y duradera. Nuestros ancestros, entonando preces musicalmente, lograban alcanzar el umbral donde se produce el soberano encuentro: el del Creador y las criaturas, cada una en su plano respectivo, pero acariciándose sin manos, puro oído.

Su heredero fue el poema, que prolonga y custodia su legado en muchos de sus aspectos consustanciales: la métrica, la advocación, la pauta sincopada. Bien lo sabía el místico, cuando componía sus estrofas al Altísimo utilizando las fórmulas líricas vigentes en su época. (Todo mester tiene un punto de clerecía). El mejor decir poético, con

su gusto por el circunlonquio y el tropo, permite transmitir de un modo satisfactorio –para lo denso del reto– la virtualidad simbólica que anida en toda comunicación trascendente. Si la frase espetada propia de la prosa ahuyenta a los ángeles, el verso, en cambio, en lo que tiene de musitación reconcentrada, sí parece atraerles, o cuanto menos, no repelerles.

Por desgracia, la poesía también sufrió toda suerte de violentaciones a mano de la Modernidad deslenguada y voraz, cayendo en manos de los propagandistas y los juglares procaces. No fue hasta que algunos eminentes cantores de los bordes (Rilke, Celan, el segundo Valente) la rescataron del lodo que pudo retomar el pulso sagrado, justo cuando parecía que estaba a punto de fenecer. Aunque la tradición de poesía bíblica nunca desapareció –ahí están los poderosos faros de Milton o de Blake, irradiando en la noche de la razón pura–, sí debemos admitir que se proponían una misión que, retrospectivamente, se nos antoja más prometeica que adánica, en su musculada desmesura lenguaraz.

Entretanto, el "entredecir" –que es ese modo de expresión literaria que dice más que lo dicho, porque tiene como tarea figurar especularmente el decir más alto y fundante– hallaba acomodo en nuevos géneros que la fragmentación de la cultura occidental generaba sin proponérselo. Ahí es donde surge el aforismo como campo abonado para la comunicación de y con lo trascendente. Desde Pascal hasta Joubert, pueden rastrearse las pisadas de una presencia que se insinúa y no se entrega por completo, pues está en su ser el sobrepasar todo límite, toda formulación extenuante. La prueba fehaciente de que los aforistas estaban tentando una auténtica comunicación trascendente, y no una mera literatura piadosa, nos la da el ámbito en el que se produce: el cuaderno privado, ese escenario de reflexión y confesión personal en el cual se aspira a que prenda la llama sagrada, tan agitada por los vientos cotidianos. Leamos a Joseph Joubert:

Donde los demás dicen Dios, el materialista se ve obligado a utilizar palabras abstractas, como naturaleza.

*

Dios, el único espejo en el que es posible conocerse. En todos los demás sólo nos vemos.

*

Cuando Dios se retira del mundo, el sabio se retira en Dios.

*

Eterno, inmenso, infinito, Dios sólo tiene amores desmesurados.

*

Dios no hace nada que no sea para la eternidad.

*

Digamos: "Cuando mires al cielo, adora las nubes". Es decir: "Ama a Dios en su oscuridad".

*

Dios se sirve de todo, incluso de nuestras ilusiones.

*

Los males vienen de la necesidad y del orden, y los bienes de la voluntad de Dios.

Ninguna obra es hermosa si Dios no está en ella, ya sea oculto, ya manifiesto.

Ya en plena Posmodernidad, el estallido del discurso pétreo y homogéneo, y por tanto rigurosamente profano e ideológico, se traduce en una centrifugadora de frases desarticuladas, sin un imán que las coagule hacia un norte preciso. Resurge entonces el propósito versicular, la tentativa de transcribir, en un rapto inspirador, la frase preñada de sentidos desbordantes. Las astillas del madero ancestral campan entonces por el orbe, buscando amparo. Lo encuentran en no pocos aforistas españoles contemporáneos. He aquí las pruebas:

Cuando digo Dios, no se me llena la boca, sino que se me vacía.
(Carlos Marzal)

*

Dios existe. Prueba de ello es que no se ocupa de mí.
(Andrés Trapiello)

*

¿Que si creo en Dios? Desde luego, creo que existe o no más allá de que yo crea en él o no.
(Gabriel Insausti)

*

Uno debe decidir entre sus garabatos mentales y la caligrafía de Dios.
(Ander Mayora)

Creo en Dios como interjección. (Tirso Priscilo Vallecillos)

Elias Canetti, uno de los más hondos aforistas de todos los tiempos, reserva para Dios muy sabios entredecires, unas veces explícitamente breves, otras implícitamente abreviables por el lector, en todos los casos escépticos y distantes (lo cual no significa que sean estériles para el creyente, tal vez todo lo contrario):

Las intuiciones de los poetas son las aventuras olvidadas de Dios.

*

No está en manos de Dios el poder salvar de la muerte a un solo hombre. Ahí está el carácter uno y único de Dios.

*

Las voces del hombre son el pan de Dios.

*

El que no cree en Dios toma sobre sí todas las culpas contraídas con el mundo.

*

Un dios desconocido, oculto en Marte, nos espera insomne para, al fin, después de nuestro aterrizaje, tumbarse a descansar.

Dios volvió a poner la costilla en el costado de Adán, sopló sobre él y le dio otra vez forma de barro.

Pocos escritores como José Camón Aznar han sabido ahormar su decir aforístico a las exigencias de la escritura trascendente. Es la suya una búsqueda redomadamente católica, lo cual no le obsta para aventurarse por veredas ignotas e intrincadas. Van unas muestras:

Ya hemos crucificado a Dios. Ya el sueño de la humanidad lo acuna el diablo.

*

La creación es la historia del sufrimiento de Dios

*

La escala de Jacob: antes de Cristo para buscar a Dios en las alturas, después en los abismos.

*

Cristo es la divinidad temporalizada: cada minuto lo crucifica.

*

He hablado con el diablo y hemos quedado amigos. He hablado con Dios y las palabras han abrasado mis labios.

¿La rapidez del pensamiento? No. Como Dios está en mí, no tengo que recorrer ningún espacio para alcanzarlo.

*

¡Qué gozo! Me he perdido dentro de Dios y ya no encuentro la salida.

Otro autor que ha abordado la siempre huidiza temática divina es Andrés Ortiz-Osés, si bien desde una perspectiva descreída y crítica (la peor, en mi opinión, para aproximarse a ella).

Dios es la eternidad, el hombre el tiempo y el diablo el contratiempo.

*

Dios: el creador de todo.

*

Creyente: el creador de Dios.

*

El misterio de Dios como misterio para el propio Dios.

*

Sobre la cuestión de Dios, Dios dirá.

Así las cosas, cabe preguntarse: ¿es el aforismo el género predilecto de Dios? Quiero creer que sí. Por un lado, porque los testimonios que la tradición nos ha legado de los grandes profetas se conserva en formatos portables, comprimidos (ciertamente, por razones de comodidad mnemotécnica, pero quiero creer que también por motivos más hondos). Asimismo, aparte de en parábolas, Jesucristo habló a sus discípulos en aforismos, o ellos quisieron así traducirlo y transmitirlo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos"... "El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra"... "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos"... Pero es que, a mayor abundamiento, no pocos escritores a lo divino han tenido a bien acomodarse al género más breve para reflexionar sobre aquello que sienten que les da (espiritualmente) la vida, y que creen que no van a poder de otro modo, pues el lenguaje humano es –ya se dijo al principio– limitado y limitante, y malamente acogerá lo ilimitado desbordante.

En la medida en que renuncia a la expresión completa de una experiencia que, por definición, no puede definirse, el decir aforístico se mantiene fiel a aquello que no puede conocer (entendiendo por conocimiento, claro, un saber positivo sometido a compulsa material) sino, en el mejor de los casos, vislumbrar, intuir, atisbar. Tras su apariencia apodíctica, de campanuda aseveración, el aforismo atesora una vocación pobre, contenida, humilde. En el aforismo, el escritor recobra su conciencia de criatura y abandona para siempre el ridículo complejo de creador. Sólo hay un Creador, y no escribe, o no de un modo apto para cualquier ojo: lo hacemos nosotros hacia Él, tentando las sombras, buscando la Luz. Y es en la escritura aforística donde mejor podemos brindar un hogar a la comparecencia angélica, si se produce, o desde la cual se nos facilita el despegue para la elevación espiritual, cuando nos atrevemos a acometerla.

EN DEFENSA DE LOS LIBROS DE AFORISMOS (Y DE LOS AFORISMOS EN LIBRO)

Nada más habitual, en los tiempos que corren, que leer aforismos. Podemos verlos, cómo no, en redes sociales, en los periódicos, en todo tipo de soportes impresos y virtuales. Vivimos, literalmente, rodeados de aforismos. Sin embargo, las ventas de libros de aforismos son escasas, cuando no raquíticas. "Yo no compro libros de aforismos", se jactaba una asistente a la reciente Semana del Aforismo de Sevilla. Tampoco lo hacen muchos aforistas, aunque por motivos muy distintos: dan por supuesto que sus colegas se los van a regalar. (Este último sería, en cualquier caso, un pecado venial).

Ahora bien, ¿pierde algo el aforismo, en cuanto manifestación literaria, con este fenómeno en el cual confluyen una máxima presencia pública con una mínima penetración editorial? ¿Está el género más breve condenado a sobrevivir en un rincón, sin relevancia, sin densidad, flotando en el ambiente, confundido entre eslóganes publicitarios y consignas políticas, cívicas y sociales? Voy a intentar defender en este breve texto la necesidad que tiene el aforismo, y el lector de aforismos, del formato libro para poder alcanzar la profundidad que requiere y que merece.

Soy del parecer que el aforismo, y la literatura breve en general, es en el libro (y contra las prácticas que se están generalizando en el siglo XXI: lecturas públicas, recitaciones micro en mano, aberrantes *jams*, etc.) donde se siente como en su casa. Más aún: el libro es la patria de la literatura. En el libro, los aforismos que lo componen se arraciman como cachorros de una camada en busca del nutricio pezón; alrededor del libro, los textos aislados, desamparados incluso, componen una sinfonía concertada de melódicas *particellas*. Estamos hablando, por supuesto, de un libro bien "armado", es decir: compuesto. No es, no debe ser un libro –de poemas, de aforismos, de microrrelatos o incluso de artículos– una simple yuxtaposición de piezas sin orden ni

concierto. Un libro es un organismo nuevo que trasciende las partes que lo forman; sólo así alcanza su completa dignidad, y ofrece al lector una experiencia de transposición espaciotemporal a esa "patria" donde vive el aforista (el poeta, el micronarrador), gracias a la cual el acto lector deviene un acontecimiento preñado de sentido existencial, cuando no una liturgia de índole quasi religiosa.

Pero hay un elemento adicional, que en realidad ocupa un espacio central en el tema que nos ocupa. Un aforismo, tomado aisladamente, se encuentra indefenso ante la expectativa interpretativa del lector, quien, desconocedor en muchas ocasiones –cuando no en casi todas– de la cosmovisión del autor, de sus pautas y sus prioridades, echará manos de sus propios prejuicios para descifrar el alcance del texto que se le está brindando. Ello pone en manos del lector un poder desmesurado, frente al cual el autor tiene pocas defensas.

En el contexto del libro, por el contrario, los aforismos se acompañan unos a otros, forman una constelación rica y plural en la que el lector debe sumergirse y, sin duda, de la cual puede extraer mucho partido. Yo mismo he encontrado gran placer como lector en libros compuestos por ciertos aforismos los cuales, leídos antes en redes sociales, se me habían antojado poco estimables. Y es que en el libro el lector es invitado a participar en una danza amistosa con una música compartida, algo que ni por asomo puede producirse en contextos como el de las redes sociales, pródigos en todo tipo de basura textual y de ruido visual. Además, en el formato libro puede el aforista desplegar propuestas de articulación literaria que ni que decir tiene resultan inviables en otros soportes menos amigables.

Yo mismo edito libros de aforismos porque hallo un gran placer en brindarle al género más breve una opción más, junto a otras, de conquistar al lector desde un espacio propio, autónomo, completo en sí mismo. Y es que tengo la seguridad –no sólo teórica, sino experiencial, como asiduo lector– de que donde más a gusto se siente un aforismo es bajo el techo que le brinda un libro, a la lumbre del fuego de una lectura cómplice junto a otros aforismos.

CAOSMOS: ¿CÓMO ORGANIZAR UN LIBRO DE AFORISMOS?

La cuestión de cómo organizar un libro de aforismos (cuya génesis suele ser azarosa e incluso caótica, al ritmo de la ocurrencia y la inspiración) está cobrando, con la maduración del género, una urgencia insoslayable. Si, hasta fechas recientes, el lector acogía con gusto –e incluso con cierto alivio– la relativa informalidad con que se sucedían los aforismos en los volúmenes al uso, lo cual les otorgaba la apariencia de cuaderno de notas o de diario al vuelo, la proliferación de títulos aforísticos que se ha venido produciendo en los últimos años amenaza con saturarle ante el aluvión de frases inconexas y sugerencias sin hilación aparente entre sí.

De hecho, que existe cierta conciencia del problema entre los autores de aforismos se pone de manifiesto en la reciente publicación de varios libros que superan de manera explícita el carácter misceláneo para abrazar una estructura que dote de alguna consistencia externa a la dispersión consustancial al aforismo.

Este es el caso de *Tempo de silencios*, de Fernando Menéndez (un autor con una intensa predilección por superponer a sus frases breves alguna suerte de superestructura que los reúna en un todo coherente, aunque parcial), quien organiza sus creaciones de acuerdo a una pauta musical, a modo de partitura en la cual el escritor asumiría el papel de compositor y los aforismos, de notas sobre el pentagrama.

Camas, de Aitor Francos, es un caso extremo, pues se trata de una obra de naturaleza inaudita, una especie de auto sacramental, metafísico, donde dos personajes y una voz narradora se interpelan, reflexionan e interactúan en un escenario anómico, incluso espectral. Estamos ante un experimento literario muy audaz, en ocasiones árido, ante el cual el lector de aforismos más convencional se puede sentir perdido, incluso abrumado. Ahora bien, la apuesta vale la pena, ya que pone de manifiesto tanto el talento del autor como su renuncia al mol-

de previsible y adocenado, tan frecuente por lo demás, de la mera antología de ocurrencias.

Ya en un acorde más clásico podemos citar los libros de aforismos recientes cuya unidad la proporciona una elección temática previa, casi monográfica: tal es el caso de los dos libros que ha publicado Emilio López Medina en 2018, *El arte jovial* y *Del amor y todo lo que le es propio,* así como su heptalogía en curso de publicación, en la cual dedica cada volumen a una de las que él considera "las siete bestias": la ignorancia, la diversión, la ambición, el dolor... El peligro de esta fórmula es la impresión de "notas previas" a la redacción de un ensayo no nato, como si se tratase de un guión de una película que nunca se llegó a rodar. Y es que, para poder hablar de aforismos y no de meros apuntes, es preciso que cada uno de ellos conserve su plena autonomía semántica... lo cual no siempre ocurre.

En *La ciencia de lo inútil*, Juan Manuel Uría Iriarte opta también por la vertebración temática para "organizar el caos" propio de la escritura aforística cuando se vuelca en la horma libresca, o libraria: es el suyo un compendio de intuiciones teóricas acerca de la naturaleza de la poesía que pueden ser leídas perfectamente por separado, aunque reunidas en un mismo volumen adquieren una mayor enjundia al alimentarse unas a otras.

Pere Saborit, en *El color de la paradoja,* prefiere en cambio echar mano de una estrategia retóricamente ficcional, que viene utilizando desde su primer libro –publicado en catalán nada menos que hace treinta años, y que tuve la fortuna de traducir al castellano para la editorial Trea–, de manera que atribuye sus elaborados aforismos a una personaje hipotético, X., que se hace así depositario de todas las ideas que pergeña el filósofo. Es un recurso inteligente y original, si bien puede a la largo puede acabar resultando fatigoso y previsible.

Ramon Eder, por último, nos presenta en *Pequeña galaxia* una recopilación de todos sus aforismos sobre el aforismo (o metaforismos), tanto éditos como inéditos, de modo que la unidad del volu-

men procede de la elección temática, aparte de la que le infunde el inconfundible genio de su autor.

Yo mismo, en un mano a mano con Ander Mayora, publiqué en 2020 el libro *Meandros. En torno a Heráclito*, en el cual entablábamos una suerte de diálogo aforístico a tres bandas con el filósofo griego, tratando de superar la mera yuxtaposición de aforismos para entregarnos a una auténtica contienda dialógica. Demetrio Fernández Muñoz, en la reseña del libro publicada en El Aforista, decía al respecto: "podríamos afirmar que nos hallamos ante un libro excepcional (oblicuo con las reglas, o renovador en estas); ya que, en contra de la común organización caótica en los compendios aforísticos, aquí se plasma concienzudamente un injerto estructural entre fondo y forma que afecta tanto a la recepción de la obra (forzando, aunque no descartando alternativas, una linealidad en la lectura de los textos) como a la transmisión del experimento con el género que procura llevarse a cabo. En *Meandros* se nos presenta un aforismo que, desde el principio del libro, va rompiéndose y abandonando su naturaleza de monólogo para abrirse a terrenos totalmente extraños como el dialógico, pudiendo llegar, incluso, hasta unas últimas consecuencias que lo disolvieran como género unipersonal y que lo diluyera en otro, de seña tan ajena, como el dramático".

Tanto en los casos más extremos como en aquellos que prefieren fórmulas menos arriesgadas, todos estos ejemplos dan buena cuenta de la inquietud que empieza a cundir entre los aforistas en activo a propósito de la cuestión señalada al principio, a saber: cómo organizar la dispersión inherente al género aforístico, sin traicionar su naturaleza en cierto modo caótica pero tratando de llevar el género a nuevos horizontes de maduración y desarrollo.

Estaremos atentos.

OLAS DE LUZ: LOS AFORISTAS Y EL VIAJE

"Para bajar a la profundidad no se necesita viajar mucho; no se necesita abandonar tu ambiente cercano y habitual", escribió Ludwig Wittgenstein. Sin embargo, es un tópico arraigado en la cultura occidental que, para alcanzar un conocimiento más o menos denso, tanto del mundo como de uno mismo, es preciso alejarse del propio entorno de referencias para abismarse en la otredad, más o menos exótica, según los casos (no hace tanto, era recurrente la idea de que, para presumir de modernidad, tenías que viajar a la India y ser iniciado por un gurú).

Los aforistas, que por lo común gustan de llevar la contraria o, cuanto menos, de poner entre paréntesis las afirmaciones que su época tiene como irrebatibles para inspeccionarlas y certificar su validez, no parecen compartir la opinión consuetudinaria. Por el contrario, se muestran harto escépticos respecto a ella, especialmente frente a esa modalidad menor, degradada, del viaje que es el turismo. Cierto es que tampoco faltan los aforistas que reconocen el valor existencial del viaje; tal es el caso de Ramón Eder ("Viajar sale caro, pero no viajar sale carísimo"), de Javier Vela ("Viajar es dar un paso hacia uno mismo") o de Jorge Wagensberg ("Viajar es la mejor manera de regalarse cambio"), incluso en esa irónica modalidad de autoconocimiento que es el olvido de sí: "Viajo para hablar conmigo en un idioma que no es el mío" (Elías Moro). Aun así, son mayoría los que destacan el valor del viaje, ante todo, como oportunidad para valorar el lugar que hemos dejado atrás: "¿Será lo bueno de viajar, simplemente, este redescubrir el lugar que nos es propio?", escribió Cesare Pavese, idea a la cual parece apostillar Gabriel Insausti cuando anota: "Viajar es eso que hacemos de vez en cuando para darnos el gusto de regresar". Eso sí, como precisó Carmen Canet, "los aforistas, cuando viajan, van más ligeros de equipaje, como los hijos de la mar".

Son legión, por el contrario, aquellos aforistas que impugnan directamente la importancia del viaje, en la medida en que no tiene por

qué suponer –y menos hoy en día, que resulta tan fácil y barato como banal– un salto abismático esencial: "Viajar: moverse para no llegar" (Fernando Menéndez), "Para qué viajar, si siempre estamos en otra parte" (Sergio García Clemente), "*Los viajes inútiles*.- Quien no tiene nada dentro de sí, nada encuentra fuera" (Miguel Catalán), "Cuando se viaja, no hay que mirarse en los espejos: pueden recordarnos que seguimos estando en el mismo sitio" (Antonio Rivero Taravillo), "De algunos viajes vuelven otros" (José Luis Morante)... Tampoco falta el que encuentra en la escritura y la lectura una resonancia viajera: "El aforismo es un viaje de ida para el escritor, y de vuelta para el lector" (Carmen Canet).

Seguramente, el único viaje esencial es aquel que emprendemos al nacer y que nos conduce hacia la muerte. "El viajero nunca vuelve; el turista nunca se va", escribe Felix Trull; a lo cual parece contestar Ana Pérez Cañamares, en una réplica que no es tal: "El viaje de la vida siempre es de vuelta". En cualquier caso, para que el viaje alcance su plena fecundidad vital siempre se requiere un contenido de apertura radical, de exploración extrema, que en los packs turísticos y las escapadas *low cost* está excluido de entrada. Tanto es así que, en pleno siglo XXI, resulta casi imposible viajar realmente a ningún lado: vayamos adonde vayamos, ya parece que nos están esperando los lugareños con sus franquicias internacionales y sus abalorios falsamente artesanos. Resulta comprensible, pues, optar por buscar ese desplazamiento interior, antaño reservado a los grandes viajes, en la cercanía cotidiana, incluso junto a las personas amadas: "Adoro viajar. Por eso no hago turismo. Por eso me quedé contigo" (León Molina).

La invitación baudelairiana a viajar adonde "todo es orden y belleza, / lujo, calma y voluptuosidad" parece haberse consumado en la forma de un *resort* con todo incluido, a salvo de los precipicios del alma en cuya inspección tanto podríamos aprender. Tal vez ya sólo nos quede compartir la apuesta de Joseph Joubert a "viajar por espacios abiertos y jugar en olas de luz"... lo cual, huelga decir, puede producirse en cualquier sitio, incluso en casa, con un libro en la mano.

EL DIARIO EN AFORISMOS DE PAUL VALÉRY

Paul Valéry es un autor relativamente conocido por sus poemas, sus ensayos sobre estética o su interesante *Monsieur Teste*, ese espejo deformado en el que el autor quiso reflejarse con más o menos éxito. Menos difundidos son sus descomunales *Cuadernos* (hay traducción parcial en castellano), una ingente cantidad de anotaciones plasmadas durante años y años de paciente escritura al filo de la madrugada, en concreto, y en palabras de Valéry, a las cinco, "la hora de ser lo menos semejante, lo más único posible".

En muchos sentidos, los *Cuadernos* de Valéry responden al "deseo de estar conmigo, y hasta de ser yo" que guía a un autor no por azar fascinado por la figura de Narciso, a la que dedicó numerosos escritos a lo largo de su trayectoria literaria. Ese ansia de unidad personal le lleva a establecer una "autodiscusión infinita" formada por "una multitud de fragmentos claros", si bien "el conjunto es negro".

La opacidad última en la que desemboca una racionalidad en busca de su fuente primera no le obsta para continuar en el empeño, pues en cierto modo la esencia misma de la subjetividad valeryana consiste, no en encontrarse al final del camino, sino en la propia búsqueda de sí misma. Desdoblada en pez y pescador, en liebre y tortuga, la escritura de estos cuadernos cobra la enjundia de un banco de pruebas constante, sin solución conocida. El yo como esencia huye permanentemente, y lo que le queda al investigador es identificarse con el yo como pregunta, como enigma insoluble. El propio Valéry así lo asume: "conocimiento, sólo si es tránsito".

Que Valéry era consciente de que sus *Cuadernos* no buscaban otro fin que el de ofrecerle un espacio absoluto de indagación subjetivo-objetiva, personal-impersonal, rehuyendo la cristalización en forma de una obra destinada a un lector ulterior, se sintetiza en esta anotación bastante clara al respecto: "si este trabajo no resulta inane, es

hermoso; lo guardo entonces para mí. Si resulta inane, no tiene valor alguno, y entonces lo guardo para nadie".

Los *Cuadernos* de Valéry, a pesar de estar escritos al hilo de los días, no son un diario, al menos no un diario al uso, pues en ellos es raro encontrar alusión alguna a los acontecimientos de la vida cotidiana del escritor, o cuando se produce es porque ha motivado algún tipo de reflexión a los efectos señalados. Él mismo lo advierte: "No escribo mi diario, me aburriría demasiado retener lo que aspiro a olvidar; anoto sólo momentos particularmente fecundos (en apariencia) que se producen en mí".

En los *Cuadernos* de Valéry abunda el género aforístico, hasta el punto de que podemos hablar de una especie de diario en aforismos. Uno de ellos lo sintetiza de un modo contundente: "me encantan los relámpagos-son muy amplios-son muy breves-absolutamente suficientes. Enormidad instantánea. Todo y rápido". Esa puntualidad del aforismo es la que le permite acoger la suficiencia instantánea del relámpago: aquí, la digresión no haría más que diluir el efecto pretendido, que es el de acoger una totalidad en huida. Y es que Valéry siente "el horror por lo que no cabe en un instante". Y ahí es donde el aforismo se revela como la forma perfecta para su investigación filosófica, que es personal, que es únicamente suya y, por serlo, puede ser también la de cualquiera. Incluso la de usted, lector, su semejante, su hermano.

PESSOA: APRENDER A NO SER NADIE

La obra y la personalidad de Fernando Pessoa han sido sobradamente estudiadas, analizadas e incluso desmenuzadas desde que, en 1982, se diera a conocer uno de los títulos mayúsculos del siglo XX, su proteico y deforme *Libro del desasosiego*. La pluralidad y heterogeneidad del autor eran, no sólo conocidas, sino fomentadas por él mismo, por lo que sería ocioso abundar de nuevo en ello. Aun así, tal vez se haya incidido excesivamente en su gusto por los heterónimos desde la perspectiva de la multiplicación de la identidad personal, orillando el hecho de que, detrás de ella, late un proyecto de destrucción de la misma, una verdadera tarea de conquista del anonimato esencial del ser humano. La lectura de los *Aforismos*, entresacados del corpus pessoano por José Luis García Martín y publicados por Renacimiento, nos permite constatar que, en efecto, guiaba al poeta portugués una vasta empresa espiritual, una *quête* de borrado del yo en aras a la mejor intelección del mundo de lo real.

La esencia multiforme del yo se le aparece a Pessoa bastante diáfana: "Soy una multitud. Cuando pienso o siento, ignoro quién piensa o siente", "no soy yo quien me recuerdo ni soy yo quien hay en mí". Cualquier indagación acerca de su sustancia íntima concluye en fracaso: "cuanto más claro veo en mí, más oscuro es lo que veo". Incluso alcanza el paroxismo cuando afirma: "comienzo a conocerme: no existo". Sin embargo, pronto da un paso más, al afirmar que, en puridad, "somos el no ser de Dios. Plurales, no existimos; compuestos, estamos muertos". La nulidad intrínseca del yo es tangible, no hipotética: "No soy nada. Nunca seré nada nada. No puedo querer ser nada".

Ahora bien, ¿a qué tanto encono? Pues porque "sólo en el vacío total se puede ser absolutamente todo". Este despojamiento de la identidad personal es una pértiga para acceder a una lucidez superior. "El arte, como la ciencia, supone la eliminación del factor personal". Tener personalidad es un obstáculo para desarrollar ese "orgullo de ver

siempre claro" que Álvaro de Campos, su heterónimo más depurado, llevará a su máximo desarrollo.

Pessoa borra el yo porque "la renuncia es liberación. No querer es poder". Su aspiración última es la claridad de percibir las cosas como son, para lo cual debe convertirse únicamente en "el lugar donde se siente o piensa". Esta *epojé* (la cual recuerda extraordinariamente a la 'reducción fenomenológica' que postularía Husserl para depurar a las ciencias tanto de la hojarasca subjetivista como de la ilusión positivista) induce como primer efecto que el sujeto vuelva a ocupar el papel de espejo de la realidad que perdió con la infección romanticista –que no romántica– del siglo XIX, una función mucho más humilde y, al cabo, sabia, que la de promotor eminente del ser que se arrogó el ego moderno.

Ciertamente, se perciben claras resonancias búdicas en este afán de alcanzar "el conocimiento íntimo de la vacuidad de todos los esfuerzos y de la vanidad de todos los propósitos" (aunque no faltará quien le encuentre resonancias bíblicas), e incluso Pessoa llega a reconocer que "el hombre perfecto del budista es la perfección de no existir del hombre". Pero Pessoa no es un santón hindú, ni siquiera un eremita: le seduce demasiado sentir, y sentir que siente, como para anularse en una conciencia incorpórea. El suyo diríamos que es un misticismo sensualista, fruto madurado de una ascética intelectual: "soy místico, pero sólo con el cuerpo". Pessoa rechaza cualquier determinación postiza pero no odia lo determinado de las cosas mismas: al revés, quiere asegurarse de que las cosas son lo que parecen, sin haberlas falseado él mismo previamente. Es casi un escrúpulo científico, el suyo, si no fuera porque nunca tratará el poeta de extraer de sus observaciones una ley, una permanencia, un sentido necesario e inequívoco.

Una vez librado de las trabas que la identidad personal impone a la percepción de lo real en su plenitud absurda y sin sentido, puede el hombre entregarse a la pura fruición de percibirlo todo en su ser-en-sí, más allá de uno mismo:

El único sentido íntimo de las cosas es que no tienen sentido íntimo ninguno.

*

Lo que vemos de las cosas son las cosas.

*

Qué difícil no ver sino lo visible.

*

Pensar una flor es verla y olerla y comer un fruto es saber su sentido.

*

Ser una cosa es no significar nada. Ser una cosa es no ser susceptible de interpretación.

El paciente trabajo de borrado del yo tiene, para Pessoa, una función de catarsis de la infección subjetivista, y le franquea al poeta al acceso del mundo en toda su extensión. Probablemente, desde una perspectiva filosófica las bases teóricas de la tarea pessoana sean frágiles, incluso un tanto falaces, pero desde luego desde una perspectiva estrictamente espiritual y poética, no se puede negar que son bellísimas. Ya sólo por eso, merecerían ser verdaderas.

CARLOS EDMUNDO DE ORY:
EL TAQUÍGRAFO DEL ÉTER

Poeta ígneo, creador impulsivo y propulsivo, mente preclara, espíritu volcánico y ascensional, Carlos Edmundo de Ory fue un autor especialmente dotado para la escritura incisiva, para los lúcidos trallazos erupcionales. Aunque cultivó los géneros clásicos con destreza (he ahí su libro de sonetos para atestiguarlo), se lució en los más dúctiles, como el aforismo y el diario.

Para Ory, el de su cuaderno íntimo fue un espacio propicio para la experimentación pura, sin finalidad inmediata, a modo de indagación espiritual y verbal –no había, para él como para los creadores genuinos, distinción–, derroche onírico encarnado en anotaciones fugaces, visiones instantáneas, parpadeos radiantes. "En este espacio privado que me unifica [el diario], no hay lugar propicio a vanos encantos. Piruetas, remiendos, artificios, no entran en juego. Su *quid* es la verdad de las cosas y del espíritu. Tapo los ojos a Narciso".

A diferencia de sus celebérrimos aerolitos, donde el talento de Ory supura hasta llegar, quizás, a empalagar, en el diario abundan los apuntes precisos, sin ánimo de conmocionar a quien va a recepcionarlos, y con ello gana la escritura y gana también el lector, que tiene ocasión de asistir al espectáculo de un cerebro en plena efervescencia ante el espejo del papel. En un solipsismo que llamaríamos cósmico (lo más subjetivo se transmuta en universal cuando es honesto y veraz), Ory anota sus iluminaciones como un taquígrafo del éter, silueteando al mismo tiempo su yo más profundo –que es impersonal– y el abismo más insondable –que tiene mucho más de humano de lo que podríamos llegar a imaginar.

En el curso del diario, Ory incide con frecuencia en las bondades gnoseológicas del aforismo, al que llega a calificar de "forma radical del hablante sangriento". Para él, "los aforismos, en las antípodas del pensamiento sistemático y los dogmas, vehiculan relámpagos y

gérmenes. Frases anormales y versátiles, cuanto más ilógicas más mágicas". Y es que Ory, versado en los diversos gnosticismos del Este y del Oeste, irracionalista preclaro e inteligentísimo escrutador de los límites del lenguaje, sabe que no es posible abarcar lo inabarcable en el continente limitado del lenguaje: hay que insinuarlo, orientarse hacia él, sondearlo allí donde brota y acogerlo con respeto y veneración, sin saquearlo ni aspirar a encarcelarlo entre las rejas estériles de un decir unívoco.

De los oceánicos diarios de Carlos Edmundo de Ory, editados en tres tomos por la Diputación de Cádiz en una iniciativa encomiable, entresacamos una breve selección de aquellos más breves y rotundos, como ilustración de su fertilidad y también como invitación a sumergirse en ellos con arrojo y valentía, como corresponde a uno de los escritores más intrépidos y sagaces de la literatura española de todos los tiempos.

Sabiduría es no saber nada y estar quieto en el ser.

*

¡Cuánta posibilidad a cada instante! ¡Cuánta infinitud!

*

Ser es ser secreto.

*

Vivir realmente es vivir lo desconocido.

Tocar el fondo. Sin dominar, dejarse dominar por la profundidad.

*

Silencio-Soledad-Sosiego. Las tres palabras, las tres eses mayores.

*

Todo el mundo es poeta. A mí que no me metan en el montón. Yo me aíslo.

*

No se puede hablar de profunda belleza, salvo en la maravilla.

*

Huyo del revoltijo. Busco las obras de solistas.

*

Ha pasado la ráfaga virginal, conforme a la ley de lo fugitivo.

*

¡Cuánto polvo! Y a veces un brillo o algo así.

*

Soy un patriota de la patria desconocida.

Escribir corto, impensado, instantáneo, un guiño, un no sé qué que queda en el papel.

*

El fin está en el centro.

*

Ser elíptico, discontinuo. Saltos, digresiones. Decir lo indecible: balbucir.

*

La risa no cumple años.

*

Mi hogar es la patria sin puertas.

*

Ningún amor se inventa, como tampoco ningún dolor.

*

Lejanías, distancias. ¿Dónde reconozco mis rumbos? Allí donde el pozo de las crisis se vuelve espejo de las mentamorfosis.

*

Las manos son dichosas llegando sin llegar.

ELÍAS CANETTI: MÁS ALLÁ DEL AFORISMO

A pesar de haber cultivado la novela, el ensayo y el teatro, a Elías Canetti se le conoce y reconoce sobre todo por su autobiografía y sus libros de apuntes (*La provincia del hombre, El corazón secreto del reloj, El suplicio de las moscas, Hampstead*). Y decimos apuntes, y no aforismos, porque en puridad nos encontramos ante un género que trasciende –por sustracción extrema– el género más breve hasta alcanzar el umbral mismo del silencio, coqueteando con él, seduciéndolo.

En "Diálogo con el interlocutor cruel", texto que se encuentra incluido en *La conciencia de las palabras* (1975), escribe Canetti: "Los apuntes son espontáneos y contradictorios. Contienen ideas que a veces brotan de una tensión insoportable, pero a menudo también de una gran ligereza. Es inevitable que un trabajo al cual nos dedicamos día a día, durante años, nos resulte a veces arduo, estéril o tardío. Lo odiamos, nos sentimos cercados por él: sentimos que nos deja sin aliento. Lo que hay de insoportable en un trabajo impuesto puede resultar muy peligroso para el trabajo mismo". Los apuntes no son aforismos porque, a diferencia de la mayoría de estos, no están acabados, rematados: son germinales; apuntan a una diana que no se ve, y se desplaza constantemente; lacónicos, no se rediman al verse subsumidos en una unidad superior, sino que provocan al perplejo lector a tirar del hilo por su cuenta (y riesgo), en un laberinto cuyas exactas dimensiones desconoce y del cual ignora, ya no la ubicación de la salida, sino incluso si esta existe.

La naturaleza siempre provisional del apunte responde, antes que a una elección meramente estilística, a una antropología de la escritura, a un concepto del ser humano. "Un hombre –y esta es su mayor suerte– es un ser plural, múltiple, y sólo puede vivir por cierto tiempo como si no lo fuese. En los momentos en que se ve a sí mismo como esclavo de sus objetivos, no hay sino una cosa capaz de ayudarlo: ceder a la pluralidad de sus inclinaciones y anotar, sin elección previa, lo que le pase por la cabeza. Y esto debe aflorar como si no vi-

niese de ningún sitio ni condujese a lugar alguno: será en general algo breve, ágil, a menudo fulminante, no verificado, ni dominado, carente de vanidad y de todo objetivo". Anotar, bosquejar, insinuar, sería el modo más leal de escribir, pues reflejaría con mimético escrúpulo lo que tiene el hombre de más propio: su esencia fugaz, su vocación siempre móvil.

Es muy probable que la pulsión anotadora de Canetti no fuese, en un principio, más que el resultado accidental de una vocación totalizadora aún más intensa, la cual cristalizó en su monumental ensayo *Masa y poder*. (En muchos sentidos, los libros de apuntes de Canetti son una suerte de "cuaderno de notas" o bitácora al paso de los días). No es aventurado afirmar que es precisamente esa voluntad omniabarcadora que presidió la primera fase de su periplo intelectual la que le llevó a estrellarse contra sus propios límites, y acabar asumiendo que el saber humano nunca será total y completo: a lo sumo esa totalidad puede ser atisbada, intuida, insinuada, pero nunca plasmada de un modo material y universalmente accesible. He aquí, pues, la paradoja: que para descubrir la profundidad insondable del apunte, antes hay que haber aspirado a –y fracasado en– la articulación prolija y detallada del sistema. Como él mismo afirma en *El corazón secreto del reloj:* "la desintegración del saber le da cohesión".

Que Canetti no se tomaba su apuesta por los apuntes a la ligera se constata en la abundancia de ocasiones en las que medita sobre ello. No es indulgente, no se deja llevar simplemente por una supuesta vocación o preferencia personal. Reflexiona, y lo hace a su vez en forma de apunte, con lo cual se traza una *mise-en-abyme* bastante irónica, pero totalmente convincente. A continuación reproducimos una selección de notas de Canetti sobre el género del apunte, algunos de los cuales se presentan –como una especie de homenaje al autor– a su vez extraídos de pasajes más extensos.

Más breve, más breve, hasta que sólo quede una sílaba con la que se haya dicho todo.

*

Todo conocimiento suelto será valioso mientras se mantenga aislado. Pues al caer en el intestino del sistema se diluye en nada.

*

Lo que más rápidamente envejece es lo que se redondea.

*

Su mayor satisfacción, que él se niega constantemente, es la coherencia.

*

Para el pensamiento sistemático sólo hay un modo de salvarse: la declaración espontánea y casual que no es desarrollada luego.

*

No debes preparar los fragmentos para la imprenta. No debes unificarlos.

*

Sólo existe lo que realmente anotas en el instante.

Muchísimos pensamientos quieren seguir siendo cometas.

*

Nada me resulta tan insoportable como la 'mecánica' del pensar. Por ello quiebro su avance a cada frase.

*

La concisión de los libros chinos: así de conciso quiero llegar a ser o seguir siendo.

*

Frases en "una" palabra. Frases infinitas.

*

Un hombre que ya no dice nada, excepto frases imperecederas.

*

Desea que cada frase hable por propia experiencia.

*

Me irrita cualquier verdad que yo mismo no haya encontrado en este instante, con la rapidez del rayo.

*

Encontrar frases tan simples que ya no sean las propias.

Explicar un apunte es como refutarlo.

*

Dejar tal cual lo repentino.

*

Frases como pestañas.

*

En las frases aisladas es cuando menos se imita. Dos frases juntas ya parecen de otro.

*

Pausas y pausas, y entre ellas palabras cuadradas como fortificaciones.

*

Las frases se borran unas a otras, y eso le hace desdichado. Por eso convierte cada frase en una jaula propia.

*

Él desea dejar anotaciones dispersas como corrección al sistema cerrado de sus pretensiones.

*

El tono peculiar de los apuntes, como si tú fueras un hombre filtrado.

Siempre dice más de lo que quiere decir. ¿Qué debe hacer? ¿Reducirse él mismo o reducir sus frases?

*

La grasa de las obras se pudrirá y quedarán unas cuantas frases. Pero, ¿cuáles serán?

*

Expirar en la frase más breve.

*

Breve, más breve, hasta que él mismo no se entienda.

*

No expliques nada. Plantéalo. Dilo. Desaparece.